

EL CONCEPTO DE FE EN SAN JUSTINO

Pedro Boccardo R.

Licenciado en Teología (Universidad Católica de Chile). Profesor en el Pontificio Seminario Mayor San Rafael y en el Instituto de Ciencias Religiosas de la Universidad Católica de Valparaíso.

I- Introducción

Resulta siempre fascinante profundizar en un Padre de la Iglesia. Cada uno de ellos constituye un mundo del cual, a pesar de muchos esfuerzos, casi no conocemos.

El presente estudio intenta acercar ese mundo. Concretamente, estudiaremos a san JUSTINO, filósofo y mártir:

Este padre griego contiene una considerable riqueza teológica, especialmente en su visión sobre la Revelación, su doctrina del Logos encarnado, su teología del hombre, sobre los que se ha escrito suficientemente. Ahora bien, dentro de este espectro teológico, nosotros desarrollaremos un aspecto de su teología fundamental: esto es el concepto de fe.

JUSTINO, en efecto, habla con mucha frecuencia de la fe. La palabra aparece innumerables veces en todas sus obras¹. Con ella

¹ Encontramos aproximadamente 90 veces el verbo "creer" en sus diferentes formas. Puede referirse a un creer humano, p.e.: *I Apol* 8,2; 10,1; 18,2; 19,6; 21,6;

designa, fundamentalmente, la relación del hombre con Dios en Cristo. También, nuestro autor utiliza, aunque pocas veces, el verbo "persuadir"², designando con él la interpelación que Dios hace a los hombres en Jesucristo; entonces, el término pasa a significar: obedecer a Dios, dejarse persuadir o convencer por Dios o Jesucristo³.

Nuestra intención es, por lo tanto, sistematizar este concepto, partiendo de la actitud personal de nuestro autor como hombre creyente. Posteriormente, en un segundo momento, destacaremos la dimensión eclesiológica de la fe: para JUSTINO lo decisivo aquí, es que el pueblo de Dios está integrado por creyentes.

Para las tres obras de JUSTINO (*Apología I = I Apol; Apología II = II Apol; Diálogo con Trifón = Dial*) hemos usado la traducción castellana D. RUIZ B., *Padres Apologistas Griegos (s. II)*. Madrid 1954.

Dial 7,3; 28,2; 115,1; o creer en Cristo, las más, p.e. *I Apol* 31,7; 32,7; 40,7; 54,3; 56,1; *Dial* 16,4; 24,1; 26,1; 30,2; 33,2; 35,8; 40,1; 42,4; 52,1,4; 63,5; 69,7; 70,4; 76,6; 81,4; 87,5; 89,3; 94,2; 100,6; 108,3; 110,4; 116,1; 118,3; 119,6; 121,1; 122,2; 131,5; 139,5; o creer por Cristo en Dios, p.e.: *Dial* 83,4; 116,3; 133,6. En cambio, el sustantivo "fe" aparece muy pocas veces (aproximadamente 16 veces). A veces referido al pueblo judío que no tiene fe en Dios, p.e.: *Dial* 20,4; 27,4; 123,3 (citando explícita o implícitamente *Dt* 32,20); *Dial* 119,6; o bien se dice de los hombres que tienen fe en Dios o en Jesucristo, p.e.: *I Apol* 13,2; 49,5; *Dial* 13,1; 23,4; 24,2; 40,1; 52,4; 92,3; 110,3; 111,2; 119,5; 121,2; 138,2.

El vocablo "digno de fe" (11 veces), aparece adjetivando al sujeto cristiano como "fiel" o "creyente", p.e.: *I Apol* 53,10; 60,11; *Dial* 35,2; 47,2; 131,2; o alguna persona determinada, p.e.: *Dial* 46,3; 56,1; 79,4; o determinado el pacto del Señor, p.e.: *Dial* 11,2; 123,4. Cfr. E. GOOSPEED, *Index Apologeticus*. Leipzig 1969, 225-226.

² El término aparece más o menos 98 veces. Sin embargo, la mayoría de las veces se refiere a "convencer", "persuadir", "obedecer" o "seguir" humano, p.e.: *I Apol* 12,11; 14,3; 26,5; 44,13; 53,1; *II Apol* 2,2,10; *Dial* 9,1; 10,4; 29,2; 38,1; 44,1,13; 56,4; 85,7; 90,1; 96,2; 112,3; 120,6; 137,1-2.

³ Cfr. *I Apol* 10,4; 16,6; *Dial* 48,4; 53,5; 69,7; 76,6; 130,3; 138,3.

II- La fe en Jesucristo es la salvación de todo hombre

1.- El caminar de Justino hacia la fe

a) Justino y la búsqueda de Dios

Al inicio del *Diálogo*, JUSTINO parte exponiendo su experiencia personal de búsqueda de la verdadera filosofía⁴.

Esta búsqueda lo hizo pasar por las más importantes escuelas filosóficas de aquel entonces: se interesó por el pensamiento estoico, pero allí no encontró nada que le diera pistas en esa búsqueda; luego incursionó en la reflexión peripatética y pitagórica y, más tarde, llegó al platonismo, que desempeñó un papel relevante, porque le abrió el camino hacia el encuentro con Dios⁵.

Con respecto a este hecho, creemos que es importante subrayar que esta búsqueda descubre en JUSTINO a un hombre que manifiesta una aspiración más profunda de la existencia. En esas experiencias que hace el apologista de sí y del mundo a través de la búsqueda de la verdad, hay algo que le prepara positivamente a creer en Dios.

En efecto, en su recorrido por los caminos del pensar humano, JUSTINO va descubriendo visiones más o menos falsas o válidas, basadas en la ignorancia o en la verdad. En definitiva, va descubriendo en ellas su mayor o menor fidelidad a la naturaleza del hombre y, por lo tanto, su mayor o menor respuesta a lo que está llamado a ser el hombre, es decir, su vocación salvífica más profunda: el encuentro con Dios⁶.

Si bien es cierto que estas experiencias de "luces y de sombras" son insuficientes para la fe cristiana, no es menos cierto que son éstos

⁴ Cfr. *Dial* 1,1-8,4.

⁵ Cfr. *Dial* 2,3-6.

⁶ Aquí se vislumbra lo que se ha llamado hoy la presencia de Dios en la espiritualidad finita del hombre como capacidad de recibir la gracia. Cfr. K. RAHNER: "Sobre la relación entre la naturaleza y la gracia", en *Escritos de teología*. Madrid 1961, T. I, 325-347; H. DE LUBAC, *Le mystère du surnaturel*. Paris 1965.

los pasos que llevan a un hombre de buena voluntad como JUSTINO a descubrir al Dios de la gracia, de la salvación.

Es así como el descubrimiento de la revelación bíblica y, por lo tanto, de la gracia, será para nuestro autor lo que le hará posible el acceso a Dios: «Esto dicho y muchas otras cosas (...), marchóse el viejo, después de exhortarme a seguir sus consejos, y yo no le volví a ver más. Más inmediatamente sentí que se encendía un fuego en mi alma y se apoderaba de mí el amor a los profetas y a aquellos hombres que son amigos de Cristo, y reflexionando conmigo mismo sobre los razonamientos del anciano, hallé que ésta sola es la filosofía segura y provechosa»⁷.

JUSTINO como creyente encuentra en su vivencia cotidiana las huellas de Dios⁸.

El mismo presenta las experiencias externas de su vocación y de su camino⁹; y luego, aparece el acontecimiento interior que está detrás de ellas y que constituye su fundamento. Es una experiencia muy personal; es el resultado de una historia de búsqueda en la cuál Jesús lo toca y le hace cambiar de vida: «De este modo, pues, y por esto motivo soy yo filósofo, y quisiera que todos los hombres, poniendo el mismo fervor que yo, siguieran las doctrinas del Salvador. Pues hay en ellas un no se qué de temible y son capaces de conmover a los que se apartan del recto camino, a par que, para quienes las meditan, se convierten en dulcísimo descanso»¹⁰.

Pero además, si nos detenemos en la frase anteriormente citada, esta experiencia expresa algo fundamental: hacerse cristiano y ser cristiano se funda en la conversión: «Más inmediatamente sentí que se encendía un fuego en mi alma y se apoderaba de mí el amor a los profetas y aquellos hombres que son amigos de Cristo»¹¹.

Esta *metanoia* por la que se abre a Jesucristo, es una vuelta existencial y no sólo una revisión de algunas opiniones o actitudes. En suma, él llega a entender la conversión como un cambio de sujeto:

⁷ Dial 8,1.

⁸ Cfr. Dial 3,1.

⁹ Cfr. Dial 3,1-8,4

¹⁰ Dial 8,2.

¹¹ Dial 8,1.

«Porque hombres de toda raza, que antes dábamos culto a Dioniso, ahora, no obstante, amenazárenos con la muerte, a todos éstos los hemos despreciado por amor de Jesucristo, y nos hemos consagrado al Dios ingénito y ajeno a toda pasión»¹².

De esta manera, la conversión es punto de llegada: JUSTINO ha transitado por una serie de caminos, desde su ilimitada aspiración espiritual y su deseo profundo de encontrar a Dios, hasta tener que llegar al deber de tomar una decisión¹³.

Pero también es punto de partida, por cuanto el mensaje de Cristo, que llega a JUSTINO por medio de la escucha del testigo anciano, le pone en la situación de tomar una decisión, la cual lo lanza por sendas inéditas: «Porque también yo, al darme cuenta de que los malvados demonios habían echado un velo a las divinas enseñanzas de Cristo con el fin de apartar de ellas a los otros hombres, desprecié lo mismo a quienes calumnias propalaban que el velo de los demonios y la opinión del vulgo. Y confieso que mis oraciones y mis esfuerzos todos tienen por blanco mostrarme cristiano»¹⁴.

b) La salvación por medio de la fe en Jesucristo

Es así como esa experiencia de vida nos permite dar un paso más en la reflexión acerca de la fe en JUSTINO.

Esta reflexión parte de la afirmación del apologista de que la salvación, que es el acto mismo del encuentro de Dios y del hombre, se alcanza por la fe¹⁵.

En efecto, la fe para nuestro autor es en primer lugar respuesta a la palabra salvífica de Dios revelada en Jesucristo: «Y es así que como Abrahán creyó en la voz de Dios y le fue reputado a justicia, también nosotros hemos creído a la voz de Dios, pues nos ha hablado nuevamente por boca de los Apóstoles de Cristo, después que fue anunciado por los profetas, y por esa fe hemos renunciado hasta la muerte a todo lo del mundo»¹⁶.

¹² *I Apol* 25,1-2.

¹³ Cfr. *Dial* 8,1.

¹⁴ *II Apol* 13,1-2.

¹⁵ Cfr. *I Apol* 8,2; 10,2-3.

¹⁶ *Dial* 119,6. Cfr. *Dial* 111,2.

La fe significa para él apoyarse, confiarse en Jesucristo, es decir, relacionarse con Él. Por ejemplo, dirigiéndose a Trifón, JUSTINO afirma: «Más tampoco creemos nosotros que uno sea nuestro Dios y otro el vuestro, sino que el mismo que sacó a vuestro padres de la tierra de Egipto (...), ni en otro alguno hemos puesto nuestra confianza (...) sino en el mismo que vosotros, en el Dios de Abrahán y de Isaac y de Jacob. Pero la hemos puesto, no por mediación de Moisés, ni de la ley (...) a nosotros, Cristo nos ha sido dado como ley eterna y última»¹⁷.

Para el apologista, Jesucristo es el centro y el fundamento de su fe: él cree en Dios, pero su fe está apoyada en la fe en Cristo¹⁸, y esta relación que se establece entre el creyente y Jesucristo, sólo se realiza cuando se reconoce en Jesús al Cristo de Dios.

Al final del *Diálogo*, JUSTINO le dice a Trifón y a sus amigos que «Nada mejor os puedo desear, señores, sino que, dándoos cuenta de que por este camino se da a todo hombre la felicidad, tengáis absolutamente la misma fe que nosotros, a saber, que Jesús es el Cristo de Dios»¹⁹.

En este sentido, la mediación de Cristo en el acto de fe se transforma en algo fundamental: reconocer que Jesús es el Cristo de Dios implica creerle a Él, fundar la fe en Él como Hijo de Dios: «Debéis recordar que Jesús había de salir de las cumbres de los cielos y volver nuevamente a los mismos lugares, a fin de que lo reconozcáis como Dios que viene de arriba y como hombre nacido entre hombres»²⁰.

Es creer que este hombre Jesús de Nazareth, es hijo de Dios enviado al mundo a redimirlo, y que Dios lo ha recibido en su gloria como primicia de todos los que creen en Él²¹.

Resumiendo, en Cristo se identifica el designio del Padre y la respuesta del hombre: creer en Dios, creer en su misericordia, en su presencia, es el objeto de la fe para JUSTINO. Pero todo esto lo cree a partir de Jesús, de su vida y de su muerte, de su resurrección y señorío.

¹⁷ *Dial* 11,1-2. Cfr. *Dial* 24,11; 116,1.

¹⁸ Cfr. *Dial* 133,6.

¹⁹ *Dial* 142,3. Cfr. *Dial* 8,2; 44.2.4.

²⁰ *Dial* 64,7

²¹ Cfr. *I Apol* 63,16; *Dial* 106,1.

c) La fe como don y responsabilidad

Considerando lo dicho anteriormente, finalizaremos esta parte señalando que para JUSTINO la iniciativa de la fe es Dios, es decir, la fe es un don y un camino de gracia que transforma a los hombres en creyentes²².

Dios efectivamente seduce, lleva a la fe. Más concretamente, Cristo, que es la palabra de Dios, llama a la salvación²³. En Jesús la noción misma de palabra no es un sonido, sino signo de revelación y exhortación a la fe: «Nuestro Jesús (...) y su poderosa palabra persuadió a muchos a abandonar a los demonios a quienes servían y a creer por Él en el Dios omnipotente»²⁴.

Jesús es, pues, la palabra personal de Dios que se hace accesible a los hombres y nos llama a la fe. Sin embargo, el hombre creyente realiza una opción radicalmente humana: «Porque ser creados al principio, no fue mérito nuestro; mas, ahora, Él nos persuade y nos lleva a la fe para que sigamos, por libre elección, por medio de las potencias racionales, que Él mismo nos regaló, lo que a Él es grato»²⁵.

Si bien es cierto que la fe es un don de Dios, y el hombre no puede reclamar por su naturaleza creada ningún derecho al encuentro con Él, no obstante, la fe acontece libremente, pues es una decisión libre del hombre que responde al llamado de Dios. Se trata de una libertad que le viene ciertamente desde arriba²⁶. Pero es su libertad, es su decisión²⁷.

A su vez, es una decisión que lleva hacia la verdad, es una decisión mediada por un acto cognoscitivo²⁸. A pesar de que el acto de fe no comporta ninguna evidencia sensible²⁹, sin embargo, la razón encuentra motivos suficientes y ciertos para la comprensión y aceptación -desde el amor- de la verdad revelada: «La contemplación,

²² Cfr. *Dial* 116,3; 118,3; 119,5.

²³ Cfr. *Dial* 139,4.

²⁴ *Dial* 83,4. Cfr. *Dial* 116,3.

²⁵ *I Apol* 10,4.

²⁶ Cfr. *I Apol* 28,3; 43,8.

²⁷ Cfr. *I Apol* 14,1.

²⁸ Cfr. *I Apol* 28,3.

²⁹ Cfr. *I Apol* 19,6.

por ende, de tantos hechos, bien puede llevar razonablemente la persuasión y la fe a los que aman la verdad, no siguen la opinión, ni se dejan dominar de sus pasiones»³⁰.

2.- *La Iglesia de Jesucristo: comunidad de creyentes*

La afirmación fundamental de esta parte es indicar que, para JUSTINO, la incorporación al pueblo de Dios está supeditada a una elección gratuita de Él y a una respuesta de fe. La integración al pueblo de Dios no depende, por tanto, de la pertenencia a una raza determinada. Es cuestión de fe, de respuesta a una elección, a un llamado que Dios hace a todos los hombres en Jesucristo.

Esta afirmación de la realidad de la comunidad cristiana, es expresada por nuestro autor con términos como "iglesia", "pueblo", "nación" o "cristianos".

Para poder comprender esta afirmación fundamental, intentaremos aclarar cómo entiende JUSTINO estos términos y cómo se integran y complementan entre sí.

a) **El pueblo de Dios en el Antiguo Testamento**

JUSTINO nos muestra como Jesucristo se hizo solidario de la humanidad en razón del pecado³¹, señalando que a través de su misterio pascual la humanidad fue dispensada, y Él constituye el «principio de un nuevo linaje»³²

El propósito divino de continuar una nueva humanidad había sido evocado en el diluvio: Noé prefiguraba ya a este nuevo linaje humano³³. Luego, fue concretizado a través de la elección de un pueblo en particular: Israel³⁴.

³⁰ *I Apol* 53,12. Cfr. *I Apol* 68,1; *Dial* 141,1.

³¹ Cfr. *Dial* 88,4.

³² *Dial* 138,2.

³³ Cfr. *Dial* 19,4; 138,1. Ver J. DANÉLOU, *Méssage évangélique et Culture hellénistique (aux II^e et III^e siècles)*. Tournai 1961, 191-192.

³⁴ El uso que hace JUSTINO del concepto de "pueblo" es significativo: aparece más de 70 veces. E. GOOSPEED lo controla aproximadamente más de 180 veces (cfr. *o.c.*, 160-161); sin embargo, dentro de esta cifra, 110 veces, más o menos,

En el *Diálogo*, JUSTINO subraya a Trifón que Dios escogió para sí al pueblo de Israel: «Dios bendice a este pueblo y le llama Israel y clama que es herencia suya»³⁵.

Este pueblo debe su identidad a la iniciativa de Dios como "pueblo suyo", separado de los demás pueblos: «De antiguo dispersó Dios a todos los hombres según sus linajes y lenguas, escogiendo para sí a vuestro pueblo»³⁶.

Por lo tanto, Israel se constituye por un llamado de Dios³⁷. Dios ha elegido manifestarse en la historia de esta comunidad. Esta elección se exterioriza a través de un signo: la circuncisión³⁸. Por lo tanto, la historia de Israel se revela como historia de la salvación.

Ahora bien, la respuesta de Israel a la iniciativa de Dios se encuentra mediada por la ley³⁹. Pero JUSTINO distingue en la ley las prescripciones de orden moral-natural, que son inmutables⁴⁰, y las ceremoniales y rituales, que no son necesarias⁴¹.

El piensa que Dios ha puesto a los judíos esas leyes transitorias (el sábado, los sacrificios, las fiestas) debido a la dureza de sus corazones: «En la ley de Moisés, en efecto, se mandan algunas cosas por naturaleza buena y piadosa y justas, que han de hacer los que las creen; otras, que practicaban los que estaban bajo la ley, están escritas con miras a la dureza del corazón del pueblo»⁴².

Pero también estas leyes fueron dadas para que el pueblo no idolatrara y fuera fiel: «De ahí que Dios, acomodándose a aquel pueblo,

corresponden a textos bíblicos que explícita o a veces implícitamente cita nuestro autor.

³⁵ *Dial* 123,6.

³⁶ *Dial* 130,3.

³⁷ Cfr. *Dial* 119,5-6: el "éxodo" de Abrahán fue una respuesta a la "voz" de Dios.

³⁸ Cfr. *Dial* 16,2-3; 23,4; 137,1.

³⁹ Cfr. *Dial* 11,1.

⁴⁰ Dios, dice JUSTINO, procura lo que siempre ha sido justo, p.e.: *Dial* 93,1. Ahora bien, Dios siempre ha querido que se practicara la misma justicia; lo contrario sería una insensatez, p.e. *Dial* 23,1. Así hay justos antes y después de la Ley de Moisés, p.e.: *Dial* 67,7-8; 19,3-4; 45,3-4.

⁴¹ Cfr. G. OTRANTO, *Esegesi biblica e storia in Giustino (Dial. 63-84)*. (Quaderni di Vetera Christianorum) Bari 1979, 84-88.

⁴² *Dial* 45,3. Cfr. *Dial* 18,2; 21,1; 43,1; 44,2; 67,8.10.

mandó que se le ofrecieran también sacrificios, como a su nombre, a fin de que no idolatráis (...) También, pues, el sábado os lo ordenó Dios para que tuvierais memoria de Él»⁴³.

Estos dos motivos por los cuales fueron otorgadas estas leyes, no son si no dos maneras de expresar una misma cosa. La razón por la cual se le entregó al pueblo la ley de Moisés fue para que se produjera el encuentro de Dios con los hombres y de éstos entre sí: «Por la dureza de corazón de vuestro pueblo (...) tenéis que entender os dio Dios todos esos mandamientos por medio de Moisés, a fin de que por tan múltiples recuerdos tuvierais siempre a Dios ante los ojos en todas vuestras acciones y no os dierais ni a la iniquidad ni a la impiedad»⁴⁴.

Luego, la ley es para JUSTINO la mediación necesaria para la práctica de la justicia y de la piedad⁴⁵. Sin embargo, resultaría incompleto el pensamiento de JUSTINO si no tuviéramos en cuenta que existe otro motivo por el cual se dieron los mandamientos: «Quiero decir que reconozcan que unos mandamientos se os dieron con miras al culto de Dios y a la práctica de la justicia; otros para anunciar misteriosamente a Cristo o por la dureza de corazón de vuestro pueblo»⁴⁶.

A este texto, resumen de los dos motivos anteriores, hay que agregar un tercero, los mandamientos, que prefiguran las realidades que habían de suceder a Cristo y a los creyentes: «Así pudiera, señores, recorrer todas las otras ordenaciones hechas por Moisés y demostraros que son figuras, símbolos y anuncios de lo que habrá de suceder a Cristo y a los que en Él creen, conocidos de antemano, así como también de lo que Cristo mismo había de hacer»⁴⁷.

El no haber discernido esta significación hace al pueblo ignorante para conocer los designios de Dios: «Y con razón, pues no sois sabios (...) Si sois sabios, lo sois sólo para obrar el mal; pero

⁴³ Dial 19,6. Cfr. Dial 20,1; 22,1.11; 23,2; 44,2; 46,5.

⁴⁴ Dial 46,5-7. Cfr. Dial 20,1.

⁴⁵ Cfr. Dial 21,1-4.

⁴⁶ Dial 44,2.

⁴⁷ Dial 42,4. Cfr. Dial 40,1.

impotentes para conocer el oculto designio de Dios y la alianza fiel del Señor o hallar los senderos eternos»⁴⁸.

JUSTINO señala implícitamente con esto que Israel, como pueblo de Dios, tiene una misión: «De antiguo dispersó Dios a todos los hombres según sus linajes y lenguas, escogiendo para sí a vuestro pueblo, que le resultó inútil, desobediente y desleal»⁴⁹.

Nos preguntamos, ¿a qué se refiere JUSTINO con calificar de inútil al pueblo de Israel? Esta inutilidad solamente puede ser comprendida, si observamos que su crítica es puesta en contraposición al comportamiento de las demás naciones con respecto al designio de Dios, ya que ellas sí han reconocido a Jesucristo⁵⁰.

Luego, la misión para la cual Israel fue elegido consistió en ser testigo de este anuncio antes de su manifestación plena: «No obstante haber sido vosotros rescatados de Egipto (...), no obstante haberos alumbrados una columna de luz con lo que tuvisteis el privilegio sobre todo otro pueblo del mundo de usar una luz propia, indeficiente y nunca apagada (...), no obstante (...) haberseos dado un signo de Aquel que había de ser crucificado (...), Dios, para quién os mostrasteis siempre ingratos, se anticipó a manifestaros graciosamente todos sus misterios antes de sus propios tiempos»⁵¹.

En consecuencia, JUSTINO, manifiesta que el tiempo de Israel es solamente figura y preparación de aquel de la nueva Alianza, que se inicia cuando el tiempo se ha cumplido: «En conclusión, como la circuncisión empezó en Abrahán. y el Sábado, sacrificios y ofrendas y fiestas en Moisés, y ya quedó demostrado que todo eso se os mandó por la dureza de corazón de vuestro pueblo, así, por designio del Padre, tenía todo que terminar en Jesucristo (...) la ley eterna y el testamento nuevo»⁵².

⁴⁸ *Dial* 123,4.

⁴⁹ *Dial* 130,3.

⁵⁰ Cfr. *I Apol* 49,5; 31,7; 53,3-6; *Dial* 29,1; 52,4; 53,1-4; 64,1; 91,3.

⁵¹ *Dial* 131,3-4.

⁵² *Dial* 43,1.

b) El nuevo pueblo de Dios, que es la Iglesia, nace de Cristo

En la primera parte del *Diálogo*, JUSTINO afirma lo siguiente: «Había de venir una ley última y un testamento principal sobre todos, que ahora tienen que guardar todos los hombres que aspiren a la herencia de Dios, porque la ley dada sobre el monte Horeb es ya vieja y os atañe sólo a vosotros; pero la otra pertenece a todos absolutamente. Ahora bien, una ley puesta contra otra ley, anula la primera; y un testamento hecho posteriormente, deja igualmente sin efecto el primero. Y a nosotros, Cristo nos ha sido dado como ley eterna y última y como testamento fiel, después del cual ya no hay ni ley ni ordenación ni mandamiento»⁵³.

Para nuestro autor, Cristo representa la mediación nueva y única entre Dios y los hombres. El Nuevo Testamento que rige ahora «circuncida a todos los que quiere (...) con cuchillos de piedra, a fin de formar una nación justa, un pueblo que guarda la fe, que abraza la verdad, que mantiene la paz»⁵⁴.

Ahora bien, la formación de este pueblo nace por voluntad de Dios y por Cristo: «La viña plantada por Dios y por el Salvador Cristo es su pueblo»⁵⁵.

El pueblo es propiedad de Dios, porque recibe la vida del Padre. Pero recibe la vida por medio de Jesucristo que derramó su sangre por él: «Después de ser crucificado aquel Justo, nosotros hemos florecido como pueblo nuevo, y hemos brotado como espigas recientes y fértiles»⁵⁶.

Este pueblo nace como nuevo después de la muerte de Cristo. El pasa así a ser origen y cabeza del nuevo pueblo de Dios.

Esta idea se encuentra reafirmada en otro texto en el cual JUSTINO se refiere a la Iglesia⁵⁷.

⁵³ *Dial* 11,2.

⁵⁴ *Dial* 24,2. Cfr. *Dial* 114,4.

⁵⁵ *Dial* 110,4.

⁵⁶ *Dial* 119,3. Cfr. *Dial* 54,1.

⁵⁷ JUSTINO utiliza contadas veces el vocablo "iglesia". En sus obras sólo lo menciona 5 veces: *Dial* 42,3; 63,5 (2 veces); 134,3. Aparece 2 veces en plural: *Dial* 98,5; 106,2 (pero se trata de una cita bíblica: Sal 21,2-23).

Comentando un Salmo⁵⁸, dice: «Expresamente nos dan a entender estas palabras que hay que adorarle, que es Dios y Cristo, atestiguado por el hacedor de este mundo. Y no menos claramente nos pregonan que el Verbo de Dios habla como con hija suya con los que creen en Él, como si formara una sola alma, una sola congregación, una sola Iglesia, la Iglesia que de su nombre nace y de su nombre participa, pues todos nos llamamos cristianos»⁵⁹.

En primer lugar, Cristo es el eje central en la interpretación de este Salmo: el Hijo recibe del Padre el reconocimiento de un ser de adoración, como Dios y Ungido.

En segundo lugar, nuestro autor identifica a Cristo y a la Iglesia con el rey y la reina de este Salmo⁶⁰. Esta imagen le permite afirmar que la Iglesia se constituye por la unión de todos los hombres que creen en Cristo, y que participan de su nombre «como si formara una sola alma, una sola congregación, una sola Iglesia»⁶¹.

Esta relación indisoluble entre Cristo (esposo) y la Iglesia (esposa), refleja que esta última está adherida a Cristo con Él al Padre⁶².

Sin embargo, en esta relación de amor hay una cierta preeminencia de Cristo con respecto a la Iglesia, en cuanto Ella resulta de Cristo: la Iglesia proviene de Él y no de la voluntad de los hombres, porque, como dice JUSTINO, «de su nombre nace y de su nombre participa»⁶³.

Por último es importante observar el énfasis que pone al declarar que los creyentes en Cristo se han convertido en un sujeto único, son uno en Cristo: se trata de un solo pueblo en singular. Esta

⁵⁸ Sal 44 (45),7-13. OTRANTO, *o.c.*, 51, dice que JUSTINO es el primer autor cristiano antiguo conocido, que aplica este Salmo a la Iglesia y a Cristo.

⁵⁹ *Dial* 63,5.

⁶⁰ Se trata de un Salmo «bien conocido por los cristianos de los primeros siglos, que celebra las bodas de un rey con una reina y que los Padres lo consideraron como una prefiguración de las bodas entre Cristo y la Iglesia» (OTRANTO, *o.c.*, 51).

⁶¹ *Dial* 63,5.

⁶² OTRANTO dice que el uso indiferenciado de los sustantivos "sinagoga" e "iglesia" no debe sorprender, porque aquí se «recurre solamente a términos generales para indicar al pueblo cristiano que sucede al pueblo judío en la elección de Dios» (*o.c.*, 56). Sin embargo, en el *Diálogo*, JUSTINO se refiere a la Iglesia en oposición a la sinagoga (134,3).

⁶³ *Dial* 63,5.

idea él la reafirma en otro texto, diciendo «que la escritura diga como en persona de muchos “anunciamos delante de Él” y luego añade “como niño”, daba a entender que los malvados, sometidos a Él, obedecerían a su mandato y vendrían a ser todos como un niño. Tal puede verse en el cuerpo, pues contándose con él muchos miembros, todos, en conjunto, se llaman y son un solo cuerpo. Por modo semejante, un pueblo, una Iglesia, aunque formados por muchos en número, se llaman y dominan con un solo nombre como si fueran una cosa única»⁶⁴.

c) La universalidad del pueblo de Dios

i. La vocación de las naciones

Como único pueblo de Dios, la Iglesia reúne a todos los hombres, sin distinción de procedencia.

Para JUSTINO llega a ser natural considerar a los cristianos «como hombres de toda raza»⁶⁵. En contraposición al pueblo judío, nuestro autor señala que «no hay raza alguna de hombre, llámense bárbaros o griegos o con otros nombres cualesquiera, ora habiten en casas o se llamen nómades sin vivienda o moren en tiendas de pastores, entre los que no se ofrezcan por el nombre de Jesús crucificado oraciones y acciones de gracia al Padre y Hacedor de todas las cosas»⁶⁶.

Es interesante hacer notar que esta universalidad del pueblo de Dios, es expresada preferentemente con el término de nación⁶⁷. Con éste, esclarece y profundiza el concepto de pueblo.

⁶⁴ *Dial* 42,3.

⁶⁵ *I Apol* 25,1. Cfr. *I Apol* 32,4; 40,7; 53,5-6.

⁶⁶ *Dial* 117,5.

⁶⁷ Es considerable el uso que JUSTINO hace del término “nación”, especialmente en el *Diálogo*, p.e.: 11,4-5; 24,2-3; 26,1; 29,1; 34,8; 47,1,3; 52,1,4; 53,1,4; 64,1; 67,5; 83,4; 91,3; 109,1; 111,4; 119,3-4; (los capítulos 119-124; 130; 131; 135 son claves para entender el universalismo del pueblo de Dios y el término nación). También se puede ver en la primera *Apología*, p.e.: 31,7; 49,1,5; 53,3-6; 54,3.

En efecto, para JUSTINO todas las razas humanas, exceptuando la judía y la samaritana, «son llamadas por el Espíritu profético naciones»⁶⁸.

Las naciones más allá de ser “extrañas”⁶⁹, son pecadoras, es decir, dispersas, opuestas a Dios. Interpretando un texto profético⁷⁰, él afirma: «Y es así que abandonadas del verdadero Dios estaban todas las naciones que daban culto a obras de las manos»⁷¹.

Pero Dios en su designio llamó a todos en la Cruz⁷². Este llamamiento JUSTINO lo expresa hermosamente diciendo: «Glorifiquemos a Dios, congregados en uno, todas las naciones, porque también a nosotros nos ha mirado»⁷³.

Ahora bien, profetizado estaba que las naciones darían una respuesta positiva al llamamiento que Dios hace a todos los hombres en Jesucristo. «Así, pues, Dios anunció que había de establecer un testamento nuevo, y éste para luz de las naciones; como veamos y estemos convencidos que, por virtud del nombre de este mismo Jesucristo crucificado, las gentes se apartan de la idolatría y de la iniquidad para acercarse a Dios, soportando hasta la muerte por confesarle y mantener su religión; por los hechos mismos y por la virtud que los acompaña, puede todo el mundo comprender que éste es la ley nueva y el nuevo testamento y la expectación de los que de todas las naciones esperan los bienes de Dios. Porque nosotros somos el pueblo de Israel verdadero y espiritual, la raza de Judá, y de Jacob, y de Isaac y de Abrahán, el que fue por Dios atestiguado viviendo aún en prepucio, el que fue bendecido y llamado padre de muchas naciones, nosotros, digo, los que por medio de este Cristo crucificado nos hemos

⁶⁸ *I Apol* 53,4.

⁶⁹ En el sentido de “no elegidas”. Al respecto, nuestro autor señala la circuncisión como signo del pueblo judío para distinguirlo de los “demás hombres” o “naciones”. Cfr. *Dial* 16,2: 19,5: 24,1.

⁷⁰ JUSTINO interpreta Is. 54,1.

⁷¹ *I Apol* 53,6. En *Dial* 69,4, JUSTINO compara el conocimiento que tenían las naciones acerca de Dios con un desierto.

⁷² Cfr. *Dial* 138,2.

⁷³ *Dial* 29,1. Cfr. *Dial* 119,4.

llegado a Dios, como quedará demostrado según adelantemos en nuestros razonamientos»⁷⁴.

Nos permitimos citar extensamente este pasaje por su importancia en el desarrollo de nuestra argumentación.

La idea central del texto, nos parece, es la de mostrar que Jesucristo es luz para el bien de todos los hombres de tal manera que el término pueblo de Dios se desliza desde el significado de pueblo judío al significado de comunidad creyente en Jesucristo.

Este deslizamiento ha sido posible, porque la comunidad cristiana ha percibido una continuidad entre el pueblo de la Antigua Alianza y el de la Nueva. Esta continuidad, pensamos, JUSTINO la reflexiona desde una doble perspectiva. En primer lugar, desde la perspectiva del cumplimiento: no sólo en Jesús todo se ha cumplido, sino también en el pueblo de las naciones: «Y fue así que los judíos, que estaban en posesión de las profecías y esperaban continuamente a Cristo, venido que fue, no le reconocieron (...), en cambio, los gentiles, que jamás habían oído hablar de Él hasta que los Apóstoles salidos de Jerusalén les contaron su vida y les entregaron las profecías, llenos de alegría y de fe renunciaron a los ídolos y se consagraron por medio de Cristo al Dios ingénito»⁷⁵.

La segunda perspectiva surge a partir de la afirmación de JUSTINO, que este nuevo pueblo no es sino el verdadero Israel: «los escogidos de todas las naciones obedecen a su designio por Cristo, y pues a Este le llama Jacob y le da nombre de Israel, preciso es que aquellos sean, como antes dije largamente, el verdadero Jacob e Israel»⁷⁶.

El sólo hecho de ser hijos de Jacob, según la descendencia de la carne, no basta para la salvación⁷⁷. La descendencia de Jacob también está referida a la descendencia que nace de la fe y del espíritu⁷⁸. Y este es el pueblo que antaño prometiera Dios a Abrahán⁷⁹.

⁷⁴ *Dial* 2,4-5. Cfr. *Dial* 24,2-3; 65,7.

⁷⁵ *I Apol* 49,5.

⁷⁶ *Dial* 130,3.

⁷⁷ Cfr. *Dial* 125,5.

⁷⁸ Cfr. *Dial* 135,1-6.

⁷⁹ Cfr. *Dial* 119,3-6; 120,2-3.

La fe, pues, se constituye en el elemento integrador del pueblo de Dios. En este sentido el pueblo cristiano está necesariamente ligado al pueblo judío en cuanto aquél proviene de Abrahán por tener su misma fe: «Y es así que como Abrahán creyó a la voz de Dios y le fue reputado a justicia, también nosotros hemos creído a la voz de Dios, pues nos ha hablado nuevamente por boca de los Apóstoles de Cristo, después que fue anunciado por los profetas, y por esa fe hemos renunciado hasta la muerte a todo lo del mundo. Dios le promete, pues, un pueblo de fe igual a la suya, pueblo religioso y justo, alegría de su padre, y no a vosotros, que no tenéis fe»⁸⁰.

d) El resto de Israel

Con todo y en esta perspectiva, surge inevitablemente una pregunta: si el elemento integrador del pueblo de Dios es la fe en Jesucristo, y esto significa una novedad y superación de la Alianza en el Sinaí, entonces, ¿qué sucede con el pueblo judío en cuanto éste fundamenta su identidad en una elección, y revela su historia como historia de la salvación?

Según JUSTINO el pueblo judío sigue siendo parte del designio de Dios, que desea constituir con él un nuevo linaje, aunque de éste ha quedado sólo un resto: «por vuestra maldad, os ocultó Dios la sabiduría contenida en sus palabras, a excepción de algunos, a los que por la gracia de su gran misericordia dejó, como dijo Isaías, por semilla para salvación, a fin de que vuestra raza no pereciera también totalmente como Sodoma y Gomorra»⁸¹.

Esta semilla, que cuantitativamente es indeterminada⁸², la ve subordinada al reconocimiento de Jesucristo: «Ahora bien, que cuantos se salvan de vuestra raza se salvan por Cristo y están en su parte, cosa es que ya hubierais comprendido si hubierais atendido a los pasajes anteriormente por mi citados de las Escrituras»⁸³.

⁸⁰ *Dial* 119,6. Cfr. *Dial* 130,2-4.

⁸¹ *Dial* 55,3. Cfr. *I Apol* 53,6; *Dial* 64,2.

⁸² Cfr. *Dial* 64,2.

⁸³ *Dial* 64,3. Cfr. *Dial* 64,5. En este mismo sentido se comprende un texto del *Diálogo*, en el cual JUSTINO expresa que los casamientos de Jacob con Lía y Raquel eran prefiguraciones de las relaciones de Cristo con Israel y la Iglesia; Cristo, pues,

Luego, nuestro autor ve al pueblo judío en el marco de la salvación universal en Jesucristo. Más aún, siguiendo a S. Pablo, es partidario de la salvación de un miembro de este pueblo siempre que tenga fe en Jesús como el Cristo, aun cuando pueda simultáneamente mantenerse en la ley mosaica⁸⁴.

Por último, no podríamos terminar este tema sin dejar de mencionar la actitud de JUSTINO, reflejada en estos textos, ante el pueblo judío.

Contrariamente a lo que se pudiera pensar⁸⁵, él manifiesta ser un hombre de diálogo: en aquellos textos, no demuestra otro objetivo que no sea el de su vehemencia por evangelizar a Trifón y a sus amigos: «Venid conmigo, todos los que teméis a Dios, los que deseáis ver los bienes de Jerusalén. Venid, caminemos en la luz del Señor, porque Él perdonó a su pueblo, la casa de Jacob. Venid las naciones todas, juntémonos en aquella Jerusalén»⁸⁶.

En este espíritu catequístico y misionero, JUSTINO llama a la conversión, de tal manera que lo fundamental es que todos caminen en Cristo y guarden sus mandamientos. Estos son los verdaderos hijos de Israel, los verdaderos hijos de Dios⁸⁷.

e) El testimonio de la comunidad cristiana

i. El bautismo cristiano

En la primera *Apología*, JUSTINO nos dice de qué modo concreto los hijos de Israel se consagran a Dios: «Cuantos se convencen y tienen

acoge a los hombres sin distinción de origen: «Por una y otra (...) está hasta ahora sirviendo Cristo» (134,3-4).

⁸⁴ Cfr. *Dial* 47,1-5. JUSTINO, en este pasaje, enumera las diversas actitudes frente al acontecimiento de Jesucristo, ya sea de parte de los judíos, ya sea de los paganos. Cfr. P. DÍAS y P. CAMELOT, *Historia de los Dogmas. III/3a-b: Eclesiología: Escritura y Patrística hasta San Agustín*. Madrid 1978, 158-159.

⁸⁵ JUSTINO, efectivamente, pareciera tener más bien una actitud negativa frente al pueblo judío, sobre todo en el *Diálogo*: en varios textos él califica al pueblo judío peyorativamente como de "infidel", "duro de cerviz", "pecador" (p.e.: *Dial* 19,5; 22,1; 27,4; 30,1; 43,1; 44,2; 45,3); y hasta a veces aparece extremadamente duro: «sabios para obrar el mal» (p.e.: *Dial* 123,4).

⁸⁶ *Dial* 24,3.

⁸⁷ Cfr. *Dial* 123,9-124,4.

fe de que son verdaderas estas cosas que nosotros enseñamos y decimos y prometen poder vivir conforme a ellas, se les instruye ante todo para que oren y pidan, con ayunos, perdón a Dios de sus pecados, anteriormente cometidos, y nosotros oramos y ayunamos juntamente con ellos. Luego los conducimos al sitio donde hay agua, y por el mismo modo de regeneración con que nosotros fuimos también regenerados, son regenerados ellos, pues entonces toman en el agua el baño en el nombre de Dios, Padre y Soberano del universo, y de nuestro Salvador Jesucristo y del Espíritu Santo»⁸⁸.

A través de un contexto de comunión eclesial, el autor acentúa la necesidad de un renacer mediante el bautismo⁸⁹. El bautismo opera en los convertidos el perdón del pecado⁹⁰ y una renovación profunda que los lleva a una nueva existencia; los bautizados pasan a tener una nueva condición: «hijos (...) de la libertad y del conocimiento»⁹¹.

El bautismo realiza la incorporación al linaje de Cristo, lo que ya se anunciaba con la circuncisión en el Antiguo Testamento. En efecto, así como la circuncisión en Israel era signo de distinción⁹², ahora la «segunda circuncisión»⁹³, la «verdadera circuncisión»⁹⁴, «la circuncisión (...) espiritual»⁹⁵ que brota de «la misericordia de Dios en el bautismo»⁹⁶, introduce al creyente en el pueblo de Dios⁹⁷.

⁸⁸ *I Apol* 61,2-3.

⁸⁹ Cfr. *I Apol* 61,44.10. En el v.4 del texto citado, JUSTINO acoge la tradición neotestamentaria del bautismo de Jn 3,3.

⁹⁰ Cfr. *I Apol* 61,10; 66,1.

⁹¹ *I Apol* 61,10. También el bautismo recibe el nombre de "iluminación". J. MARTIN dice que esta iluminación no debe comprenderse en un sentido racionalista, sino en la línea de la fe. Se trata de la iluminación que da la salvación (*El Espíritu Santo en los orígenes del cristianismo*. Zürich 1971, 260-261), es decir Cristo ilumina a los creyentes porque Él es la Palabra que «penetra hasta las profundidades del corazón y de la inteligencia» (*Dial* 121,2).

⁹² Cfr. *Dial* 16,2-3.

⁹³ *Dial* 12,3. Cfr. *Dial* 114,4.

⁹⁴ *Dial* 12,3. Cfr. *Dial* 41,4.

⁹⁵ *Dial* 19,3.

⁹⁶ *Dial* 43,2.

⁹⁷ Cfr. *Dial* 24,1-2; 138,2.

Tanto el agua como la respuesta del hombre, que están profundamente relacionados con el misterio pascual⁹⁸, son parte de la alianza transformadora que se comienza a vivir con el bautismo: «Dichosos, pues, nosotros que hemos recibido la segunda circuncisión, hecha con cuchillos de piedra. Porque la primera vuestra fue hecha y se sigue haciendo con cuchillos de hierro, pues seguís duros de corazón; pero nuestra circuncisión, que es la segunda, aparecida después de la vuestra, se hace con piedras puntiagudas, es decir, por la palabra de la Piedra angular que se desprendió sin que mano alguna la tocara, predicada por los Apóstoles, que nos circuncidan de la idolatría y de toda maldad absolutamente. Y están nuestros corazones tan circuncidados de todo mal, que hasta nos alegramos de morir por el hombre de esa magnífica Piedra, ella, que hace brotar en los corazones de los que por Él aman al Padre del universo una fuente de agua viva, en que se abrevan todos los que quieren beber el agua de la vida»⁹⁹.

Así pues, por el bautismo, Cristo infunde en el cristiano un dinamismo especial que lo lleva a dar testimonio de su fe hasta el extremo de entregar su propia vida.

ii. *La donación del Espíritu de Dios a toda la Iglesia*

Este tema, que es ineludible a la hora de tocar el testimonio, hay que fundamentarlo a partir del tema del bautismo de Jesús, donde Él recibe la plenitud del Espíritu: «Descansaron, pues, es decir, cesaron los dones del Espíritu, una vez venido Aquel después del cual, cumplidos los tiempos de esta dispensación suya hecha a los hombres, tenían que cesar en vosotros y, descansando en Él, convertirse otra vez en dones que Cristo reparte entre los que en Él creen, como fue profetizado, de la misma gracia del poder de aquel Espíritu, según a cada uno le tiene por digno. Ya os dije cómo fue profetizado que eso había Él de hacer después de su ascensión a los cielos»¹⁰⁰.

Como dice MARTÍN, se trata de una interpretación soteriológica mesiánica del bautismo de Jesús¹⁰¹. Su bautismo, en

⁹⁸ Cfr. *Dial* 13,1.

⁹⁹ *Dial* 114,4. Cfr. *Dial* 19,2-3.

¹⁰⁰ *Dial* 87,5-6.

¹⁰¹ Cfr. MARTÍN, *o.c.*, 218.

efecto, señala el término de la Antigua Alianza y prepara el comienzo de la Nueva. Jesús recibe en sí, en el momento del bautismo, la plenitud del Espíritu, que se encontraba disperso entre los profetas del Antiguo Testamento¹⁰². El Espíritu descansa en Jesús totalmente, y no parcialmente como entre los profetas; más aún, cesa en Él¹⁰³, lo que significa que los tiempos mesiánicos han comenzado.

Sin embargo, JUSTINO tiene claro que esto no significa que el Hijo tenga necesidad de los dones del Espíritu¹⁰⁴. Él no era como los demás profetas, ni necesitaba aguardar el bautismo del Jordán para recibir los dones del Espíritu y ser ungido como el Cristo¹⁰⁵. Él fue ungido antes de la Creación¹⁰⁶. Por lo tanto, el significado fundamental de la teofanía del Jordán, es que Jesús es el Cristo o Ungido de Dios, poseedor de la plenitud del Espíritu por causa de la humanidad y para nuestra salvación. Jesús en cuanto hombre, lo recibe para dárnoslos, es decir, la donación del Espíritu a Jesús en cuanto a su humanidad, la participa a los hombres que creen en Él¹⁰⁷. Participación realizada por Jesucristo una vez que ha ascendido a los cielos¹⁰⁸.

Esta entrega del Espíritu a la comunidad creyente, comienza por los discípulos responsables de la nueva comunidad: «Ahora bien, después de ser crucificado, todos lo abandonaron y negaron, hasta sus discípulos; pero luego, cuando hubo resucitado de entre los muertos y fue por ellos visto; después que les enseñó a leer las profecías en que estaba predicho que todo eso había de suceder y le vieron subir al cielo

¹⁰² Cfr. *Dial* 87,3-4. Para el rabinismo contemporáneo de Jesús, el Espíritu se había extinguido en el pueblo con los últimos profetas, manteniendo únicamente el «eco de su voz», J. JEREMÍAS, *Teología del Nuevo Testamento*. Salamanca ³1977, 102-104.

¹⁰³ Cfr. MARTÍN, *o.c.*, 218-219.

¹⁰⁴ Cfr. *Dial* 88,4.

¹⁰⁵ Cfr. MARTÍN, *o.c.*, 219.

¹⁰⁶ Cfr. *II Apol* 5(6),3; *Dial* 96,1.

¹⁰⁷ Cfr. *Dial* 87,5. A. MEIS al respecto señala: «Descansando el Espíritu en Jesús, trata de habituarse íntimamente a nuestra naturaleza, mejor aún de lo que lo había hecho en el AT y adquiere una cierta connaturalidad con el hombre para luego extender a todos la filiación», *La fórmula de fe "Creo en el Espíritu Santo" en el siglo II. Su formación y significado*. (Anales de la Facultad de Teología, 29) Santiago de Chile 1980, 171, nota 194.

¹⁰⁸ Cfr. *Idem*.

y creyeron; después que recibieron la fuerza que de allí les fue por Él enviada, se esparcieron por todo género de hombres, nos enseñaron todas estas cosas y fueron llamados apóstoles»¹⁰⁹.

Para nuestro autor, la fuerza que puede aludir al Espíritu derramado por Cristo¹¹⁰, fue recibida en primer lugar por los Apóstoles. Ellos han recibido la palabra de Jesús directamente durante su vida, y han sido instruidos por Él después de su resurrección. Además, ellos son enviados: aparecen en su realidad de ser testigos especialmente instruidos por Jesús, para continuar su obra salvadora¹¹¹.

JUSTINO, en efecto, aludiendo a un signo veterotestamentario acerca de los Apóstoles dice: «las doce campanillas que se mandaba colgar de la veste talar del sumo sacerdote, era símbolo de los doce apóstoles, que estaban colgados de la potencia de Cristo, Sacerdote eterno, y por cuya voz toda la tierra se llenó de la gloria y de la gracia de Dios y de su Cristo»¹¹².

Así pues, los Doce por la fuerza de Dios y con su predicación, han hecho partícipes a los hombres de la gloria y de la gracia de Dios.

Por su parte, la participación del don de Dios se realiza en cada hombre en el momento de la "iluminación".

«A la manera, pues, que por amor de esos siete mil hombres no ejecutó entonces Dios su ira, así tampoco ahora ha traído ni trae el juicio universal, sabiendo como sabe que todavía, a diario, hay quienes se hacen discípulos del nombre de Cristo y abandonan el camino del error. Y éstos, iluminados por el nombre de este Cristo, reciben dones según lo que cada uno merece: uno, en efecto, recibe espíritu de inteligencia, otro de consejo; otro de fortaleza, otro de curación, de presciencia, de enseñanza y de temor de Dios (...) Pues fue profetizado que después de su ascensión al cielo nos había de sacar de la cautividad del error y darnos sus dones»¹¹³.

¹⁰⁹ *I Apol* 50,11.

¹¹⁰ Cfr. MARTÍN, *o.c.*, 193-195.

¹¹¹ Cfr. *I Apol* 39,3.

¹¹² *Dial* 42,1.

¹¹³ *Dial* 39,2.4.

De este texto se desprende en primer término que la donación del Espíritu está vinculada al bautismo del cristiano¹¹⁴. El creyente entonces, recibe los dones o «carismas del Espíritu de Dios»¹¹⁵.

De esta manera, el Espíritu se presenta como el poder por el cual la acción salvífica de Dios en Jesucristo, se hace presente en la historia. Por consiguiente, la comunidad creyente, que va creciendo en virtud del amor de Dios¹¹⁶, es el lugar concreto donde la obra salvífica de Dios se hace presente por el Espíritu¹¹⁷.

iii. *El ser cristiano*

Y con este punto llegamos al final de nuestro estudio. Se trata del obrar cristiano.

En efecto, JUSTINO mismo testimonia seguir a «Dios y las enseñanzas que de Él vienen»¹¹⁸.

Y en otra parte, dirigiéndose a Trifón, les dice: «Nosotros, pues, que hemos recibido dones de Cristo, que subió a la altura, os demostramos por las palabras de los profetas que sois unos insensatos, vosotros que os tenéis por sabios a vosotros mismos y entendidos en vuestra propia presencia. Vosotros no honráis a Dios y a su Cristo más que con los labios; nosotros, empero, que hemos sido enseñados con la verdad total, le honramos también con nuestras obras, con el conocimiento y el corazón hasta la muerte»¹¹⁹.

La profundidad de este texto nos permite realizar una afirmación básica acerca del tema del testimonio: para JUSTINO, el

¹¹⁴ J. MARTIN dice que JUSTINO establece una estrecha relación entre el bautismo de Jesús y del cristiano después de la Ascensión. Ambos son el cumplimiento de la profecía de Is 11,2-3. La unción de Jesús en el Jordán «no mira a la persona de Cristo, sino la donación de los bienes a los hombres, es decir, la infusión del Pneuma a la comunidad escatológica» (o.c., 219).

¹¹⁵ *Dial* 88,1. Cfr. *Dial* 82,1; en este texto, nuestro autor presenta el profetismo entendido como carisma en el pueblo de Dios.

¹¹⁶ Cfr. *I Apol* 28,2: donde se expresa la idea acerca de que Dios dilata el día del juicio por la salvación de muchos.

¹¹⁷ Dicho en palabras de J. MARTIN: «Después de la ascensión hasta su retorno, Cristo realiza este reinado escatológico ya comenzado pero no completado, por la dispensación de los dones del Espíritu Santo» (o.c., 242).

¹¹⁸ *Dial* 80,3. Cfr. *II Apol* 13,2.

¹¹⁹ *Dial* 39,5.

seguir a Jesús implica tanto comprenderlo como realizar obras que se traduzcan en justicia y amor al prójimo.

En efecto, el seguir a Jesús lleva a los cristianos a proclamar públicamente su fe en Dios. En referencia a los falsos dioses, JUSTINO dice que los cristianos confiesan ser ateos, pero «no respecto del Dios verdaderísimo, padre de la justicia y de la castidad y de las demás virtudes (...) A Él y al Hijo, que de Él vino y nos enseñó todo esto (...) y al Espíritu profético, le damos culto y adoramos, honrándolos con razón y verdad, y enseñando generosamente, a quien quiera saberlo, lo mismo que nosotros hemos aprendido»¹²⁰.

Contrapone, pues, su confesión de fe en el misterio salvífico Trinitario, con su ateísmo en los falsos dioses que con respecto al Dios vivo no son nada¹²¹.

Pero además, JUSTINO añade que el testimonio cristiano implica el compartir la fe de quienes, con sus palabras, les han enseñado en quien creer.

Interpretando un Salmo¹²², JUSTINO afirma: «Ahora bien, eso que dice: "Vara de poder te enviará desde Jerusalén" era anticipado anuncio de la palabra poderosa, que, saliendo de Jerusalén, predicaron por doquiera sus apóstoles, y que nosotros, a despecho de la muerte decretada contra los que enseñan o en absoluto confiesan el nombre de Cristo, por doquiera también la abrazamos y la enseñamos»¹²³.

Para JUSTINO, creer es abrazar la fe de los apóstoles, aceptar los hechos salvíficos de los cuales ellos fueron testigos¹²⁴. Por lo tanto, los apóstoles, son la mediación necesaria para testimoniar y confesar la fe en Dios. Pero, a su vez, manifiesta la necesidad de enseñar, a quien se lo pida, lo recibido. Con lo cual reconoce que él, que forma parte de la comunidad creyente, se siente responsable de testimoniar la verdad cristiana con el fin de suscitar la fe en otros hombres: «Si, pues,

¹²⁰ *I Apol* 6,1-2. Esta profesión de fe en la Trinidad, JUSTINO la explicita en *I Apol* 13,1-3: parte del Dios que se revela y dirige la creación providencialmente; luego confiesa su fe en Jesucristo como Hijo de Dios y maestro de los hombres; por último, menciona al Espíritu profético.

¹²¹ Cfr. *I Apol* 9,1.

¹²² Sal 109,2.

¹²³ *I Apol* 45,5.

¹²⁴ Cfr. *I Apol* 50,11.

vosotros permitís publicar este libro, nosotros quisiéramos darlo a conocer a todos, a fin de que, de ser posible, se conviertan, como que por este solo fin he compuesto estos discursos.

»Y aquí ponemos punto final (...) y añadiendo nuestra súplica a Dios para que a todos los hombres de todo el mundo se les conceda conocer la verdad»¹²⁵.

Es importante, por otra parte, hacer notar que para JUSTINO la proclamación que hacen los cristianos de su fe en Dios, no es separable del testimonio que aportan sus obras¹²⁶.

Para él, el ser cristiano es realizar el don de Dios en Cristo en experiencia de vida: «Nosotros, los que estábamos antes llenos de guerra y de muertes mutuas y de toda maldad, hemos renunciado en toda la tierra a los instrumentos guerreros y hemos cambiado las espadas en arados y las lanzas en útiles de cultivo de la tierra y cultivamos la piedad, la justicia, la caridad, la fe, la esperanza, que nos viene de Dios Padre por su Hijo crucificado»¹²⁷.

La comunidad cristiana, por lo tanto, se descubre en la vocación para cultivar el don de Cristo. Esta vocación de vida comporta rasgos propios, de los cuales vamos a señalar brevemente ahora.

En primer lugar, los cristianos revelan su amor al prójimo: «Los que antes (...) amábamos por encima de todo el dinero y los acrecentamientos de nuestros bienes, ahora, aún lo que tenemos, lo ponemos en común y de ello damos parte a todo el que está necesitado; los que nos odiábamos y matábamos los unos a los otros y no compartíamos el hogar con quienes no eran de nuestra propia raza por la diferencia de costumbres, ahora, después de la aparición de Cristo, vivimos todos juntos y rezamos por nuestros enemigos y tratamos de persuadir a los que nos aborrecen injustamente, a fin de que, viviendo conforme a los bellos consejos de Cristo, tengan buenas esperanzas de

¹²⁵ *II Apol* 15,2.4. Cfr. *II Apol* 14,1; *Dial* 142,2-3.

¹²⁶ Cfr. *I Apol* 16,8.

¹²⁷ *Dial* 110,3.

alcanzar junto con nosotros los mismos bienes que nosotros esperamos de Dios, soberano de todas las cosas»¹²⁸.

De aquí surgen tres observaciones que merecen destacarse, éstas amplían la descripción de los rasgos de una comunidad cristiana más realizada.

La primera, es que hay en el ser cristiano un reconocimiento de la necesidad del otro, y hace lo posible para que salga de ella mediante la solidaridad de bienes que uno tiene y el otro no. En este asumir, de parte del cristiano, el sufrimiento del otro, se produce la comunidad entre los hombres. Este reconocimiento y su cumplimiento, encuentran su lugar privilegiado durante la celebración de la Eucaristía¹²⁹.

La segunda es complementaria: se trata del reconocimiento de todos los hombres, sobrepasando los límites dados por las normas sociales y culturales.

La última observación consiste en que la fe que se vive en el amor se da unida a la oración. Los cristianos oran a Dios por todos los hombres¹³⁰.

Desde este contexto surge otro rasgo que tiene que ver con la relación que se establece entre la comunidad cristiana y el "mundo". Al respecto, creemos que JUSTINO presenta el testimonio de vida de los cristianos desde una perspectiva original, auténtica respecto a otras comunidades sociales.

En efecto, él demuestra que la comunidad cristiana se presenta con sus valores auténticos, que la hacen sobresalir sobre otras comunidades.

Nuestro autor argumenta a propósito del nombre "cristiano", lo siguiente: «En efecto, de un nombre no puede en buena razón

¹²⁸ *I Apol* 14-2-3. Dice G. BARDY, con respecto a este texto, que puede haber una cierta idealización, pero esto se explicaría por las calumnias contra la moralidad a las que están sometidos los cristianos; por lo tanto, ellos tienen el derecho de defenderse y de presentarse mejor de lo que ellos son en realidad (*La conversion au christianisme, durant les premiers siècles*. Paris 1948, 200). Sin ser falsa esta lectura, nos parece que no toma suficientemente en cuenta el hecho concreto, y no idealizado, del martirio como testimonio de la comunidad cristiana de los primeros siglos.

¹²⁹ Cfr. *I Apol* 67,1-6.

¹³⁰ Cfr. *I Apol* 65,1; *Dial* 96,3; 133,6.

originarse alabanza ni reproche, si no puede demostrarse por hechos algo virtuoso o vituperable»¹³¹.

Y si de hechos se trata, basta considerar y tomar por su propio peso lo que dice JUSTINO en breves palabras, para darse cuenta de lo que estamos afirmando. En la primera *Apología*, nuestro autor, en referencia a las acusaciones de que son víctimas los cristianos, afirma: «De ahí, que os pidamos sean examinadas las acciones de todos los que os son denunciados, a fin de quien sea convicto sea castigado como inicuo, pero no como cristiano; más el que aparezca inocente, sea absuelto como cristiano, por no haber en nada delinquido»¹³². Es decir, el ser cristiano significa coherencia con el actuar¹³³: el que realiza el bien como Cristo enseñó, puede llamarse cristiano¹³⁴.

Para finalizar, quisiéramos subrayar un último aspecto. Los cristianos testimonian que la fe se vive y se expresa no sólo mediante la caridad, sino también a través de la esperanza. Según JUSTINO, los cristianos se encuentran, por la fe, en la certeza de vivir el ahora de la salvación; pero, a la vez, ellos viven en la espera de la segunda venida gloriosa de Cristo¹³⁵, en donde se dará la salvación plenamente¹³⁶. Más aún, la esperanza cristiana considera también el deseo del encuentro con Dios: «pero no queremos vivir en la mentira, pues deseando la vida eterna y pura, aspiramos a la convivencia con Dios (...) y por ellos nos apresuramos a confesar nuestra fe, persuadidos que estamos y creyendo como creemos que esos bienes pueden alcanzar aquellos que por sus obras demostraron a Dios haberle seguido y deseado su convivencia, allí donde ninguna maldad ha de contrastarnos. A la

¹³¹ *I Apol* 4,3.

¹³² *I Apol* 7,4.

¹³³ Cfr. *I Apol* 4,5-6; 5,1; 16,8.

¹³⁴ Cfr. *I Apol* 16,14.

¹³⁵ Con respecto al tema escatológico, ver p.e.: *Dial* 14,8; 28,2; 32,2; 39,6; 45,4; 49,3,7; 52,1,4; 54,1; 85,7; 110,2; 120,4. Advertimos que este tema lo tocamos de paso. Por lo mismo, no abordamos el tema del milenarismo al que JUSTINO hace referencia (cfr. *Dial* 80,5-81,3), ni como entiende el tema del juicio final (cfr. *II Apol* 6[7],1-9; *Dial* 39,2). Cfr. OTRANTO, o.c., 204-218.

¹³⁶ Cfr. *Dial* 45,4.

verdad, y dicho compendiosamente, eso es lo que esperamos y eso es lo que aprendimos de Cristo y nosotros enseñamos»¹³⁷.

En realidad, los cristianos esperan el acontecimiento del reino de Dios, el cual se verifica en un orden distinto del presente: «Y hasta vosotros, apenas habéis oído que nosotros esperamos un reino, suponéis sin más áveriguación que se trata de reino humano, cuando nosotros hablamos del reino de Dios, como aparece claro por el hecho de que al ser por vosotros interrogados confesamos ser cristianos sabiendo como sabemos que semejante confesión lleva consigo la pena de muerte»¹³⁸.

En esta afirmación, JUSTINO plantea una oposición entre "reino humano" y "reino de Dios". Es decir, el reino que el cristiano espera, no es aquel que tiene sus raíces en los esfuerzos de los hombres, sino en Dios. Y desde esta perspectiva, nuestro autor continúa, en este mismo texto, diciendo: «Porque si esperáramos un reino humano, negaríamos para evitar la muerte y trataríamos de vivir ocultos, a fin de alcanzar lo que esperamos; pero como no ponemos nuestra esperanza en lo presente, nada se nos importe de los que nos matan...»¹³⁹.

De esta forma, la vida cristiana se caracteriza por su desarrollo tensional en este mundo, y peregrina en la espera del cumplimiento pleno del "reino de Dios".

Pero este trascender no significa evasión, estar ausente del mundo, sino, por el contrario, es una exigencia, aún mayor, de estar presente a través del testimonio, el cual se verifica, como hemos ya señalado, por la confesión de la fe y el compartir con los otros hombres. Por otra parte, la fidelidad a este testimonio se corrobora con el martirio.

En efecto, frente al poder humano, los cristianos aceptan con lealtad la forma de gobierno y la administración, excepto el culto imperial¹⁴⁰. Sin embargo, para el cristiano, la fe en Jesucristo, como

¹³⁷ *I Apol* 8,2-3. Cfr. *Dial* 139,5.

¹³⁸ *I Apol* 11,1.

¹³⁹ *I Apol* 11,2.

¹⁴⁰ Al respecto, JUSTINO señala que los emperadores pueden constatar la lealtad de los cristianos viendo la preocupación que ellos ponen para pagar "tributos y contribuciones" (*I Apol* 17,19). Incluso, los cristianos, pueden contribuir mejor que

horizonte de referencia fundante, es el motivo englobador de su fidelidad probada hasta la muerte: «Y cosa patente es que nadie hay capaz de intimidarnos ni someternos a servidumbre a los que por todo lo descubierto de la tierra creemos en Jesús. Se nos decapita, se nos clava en cruces, se nos arroja a las fieras, a la cárcel, al fuego, y se nos somete a toda clase de tormentos; pero a la vista de todos está que no apostatamos de nuestra fe»¹⁴¹.

A JUSTINO, y con esto finalizamos, el martirio le llega exigido por la fidelidad. La aceptación de la muerte tiene para él significado de fidelidad religiosa¹⁴²; es decir, esto significa renunciar a la propia vida sin buscar otro apoyo que la fe en Cristo¹⁴³ **V**

otros hombres en «el mantenimiento de la paz» (*I Apol* 12,1). Sin embargo, la adoración es a Dios y sólo a Él (cfr. *I Apol* 17,3), con la cual JUSTINO reduce la figura imperial, sobrevalorada por los romanos al rango de divinidad, a lo propiamente humano; el emperador es un hombre como los otros, con una función importante, sí, pero nada más.

¹⁴¹ *Dial* 110,4.

¹⁴² Cfr. *Dial* 11,4.

¹⁴³ Cfr. *Dial* 39,5; 121,2.